

La luz de santa Eulalia

Queridos hermanos:

El Evangelio, en este día de la fiesta de santa Eulalia, nos presenta esta parábola de Jesús de las diez vírgenes. No cabe ninguna duda en qué grupo debemos colocar a santa Eulalia: ella fue una virgen prudente.

Estamos en Mérida, capital de la Lusitania, hacia el año 300 después de Cristo. Son muy bien conocidas por todos nosotros las circunstancias de su martirio: Eulalia tenía por entonces entre doce y trece años. Escribe el poeta Prudencio que “nunca estuvo una criatura humana dotada de tanta gracia y atractivo”. Y se desencadenó la persecución del emperador Diocleciano, que fue particularmente dura en la Península Ibérica, a causa del gobernador Publio Daciano.

Ella no solamente no tenía miedo a la muerte, sino que incluso deseaba ser mártir por amor a Cristo. Los padres quisieron impedir a toda costa que muriese. Para ello, la encerraron. No obstante, pudo escapar y presentarse valientemente ante el juez y dar testimonio de su límpida fe cristiana, mártir de Cristo, mártir de la verdad, mártir de la libertad de las conciencias, por la cual a nadie es lícito impedir dar culto a Dios y vivir en conformidad con la fe que, en conciencia, cree ser la verdadera.

El juez pagano mandó que la destrozaran, golpeándola con varillas de hierro y que sobre sus heridas colocaran antorchas encendidas. La hermosa cabellera de Eulalia se incendió y la joven murió quemada. Dice el poeta Prudencio que, al morir la mártir, la gente vio una blanquísima paloma que volaba hacia el cielo y que los verdugos huyeron, llenos de pavor y remordimiento por haber torturado y matado una criatura inocente. La nieve cubrió el cadáver hasta que varios días después llegaron unos cristianos y le dieron cristiana sepultura. En el sitio de su sepultura muy pronto se levantó un templo en honor de la mártir y dice el poeta Prudencio que él mismo, hacia el año 400, vio cómo a este templo llegaban muchos peregrinos a orar ante los restos de la mártir y a obtener, por medio de ella, muy notables favores de Dios.

Los verdugos de su martirio quisieron apagar esa luz, creyendo que al acabar con la vida de Eulalia, la bien hablada, conseguirían extinguirla; sin embargo, esa luz iluminó todos los confines de esta orilla del Mediterráneo, atrayendo hacia su tumba multitud de peregrinos.

¡Virgen prudente, mártir santa Eulalia, que con tu lámpara encendida has iluminado el camino de tantos peregrinos, continúa hoy, en nuestros días, iluminando nuestro camino de seguimiento valiente y decidido de Cristo!

¡Ilumina, Eulalia, el camino cristiano de quienes habitan en esta, tu querida ciudad de Mérida!

Ayuda a sus autoridades civiles, militares y policiales para que ejerciten su gran responsabilidad de gobierno no buscando su propio interés, sino el bien común de sus ciudadanos.

Ayuda a los enfermos y a quienes sufren por cualquier causa o pasan momentos de especial dificultad.

Ayuda a los matrimonios y a las familias a permanecer unidas.

Ilumina especialmente el camino de nuestros jóvenes para que esa semilla, que germinó en aquella primera comunidad cristiana de Augusta Emérita y que ha llegado hasta nosotros gracias a la luz de la lámpara de santa Eulalia, siga dando frutos.

Ilumina el camino de tantos peregrinos que hoy de nuevo se acercan hasta tu querida Mérida, para que todos aquellos que visiten este templo -sobre todo durante el Año Jubilar, que viviremos a partir del 10 de diciembre de 2023- alcancen la misericordia del Señor a través del sacramento de la Reconciliación, mediante una sincera confesión y conversión del corazón.

Ayúdanos, en fin, a todos nosotros a ser cristianos y cristianas convencidos de que, con naturalidad y sencillez, en nuestra vida ordinaria, vivamos nuestra fe, que vence al mundo, y demos testimonio de ella.

Mártir de Mérida, patrona y queridísima en esta, tu ciudad, que nos sentimos santamente orgullosos herederos de todos aquellos emeritenses que han recibido y sabido transmitir esa luz a lo largo de más de diecisiete siglos y que hoy llega hasta nosotros limpia y nítida, como si tus palabras acabaran de ser pronunciadas en el Foro de nuestra ciudad. Que así sea.

+ Celso Morga Iruzubieta

Arzobispo de Mérida-Badajoz